



HEATHER MORRIS

EL **TATUADOR** DE
AUSCHWITZ

UNA NOVELA BASADA
EN UNA INOLVIDABLE HISTORIA REAL


ESPASA

HEATHER MORRIS

EL TATUADOR DE AUSCHWITZ

Traducido por Julio Sierra



Título original: *The Tattooist of Auschwitz*

© Heather Morris, 2018

© por la traducción, Julio Sierra, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, S. L. U., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con

Grupo Editorial Planeta, S. A. I. C.

Primera edición: octubre de 2018

ISBN: 978-84-670-5361-6

Depósito legal: B. 18.376-2018

Composición: Pleca Digital, S. L. U.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Abril de 1942

Lale atraviesa la campiña y, a pesar del traqueteo, mantiene la cabeza erguida. Se concentra en sí mismo. Tiene veinticuatro años y no le ve ningún sentido a prestar atención al hombre que viaja a su lado, que ocasionalmente dormita y apoya la cabeza en su hombro; Lale no lo aparta. Es sólo uno entre un sinfín de jóvenes amontonados en vagones de transporte de ganado. Como no se lo informó acerca de adónde se dirigían, Lale se vistió con su ropa habitual: un traje bien planchado, camisa blanca limpia y corbata. «Vístete siempre bien para dar buena impresión.»

Trata de calcular las dimensiones de su confinamiento. El vagón tiene unos dos metros y medio de ancho, pero no puede ver el final para medir su longitud. Intenta contar el número de hombres que van en ese viaje con él. Sin embargo, con tantas cabezas moviéndose, subiendo y bajando, al final se da por vencido. No sabe cuántos vagones hay. Le duelen la espalda y las piernas. Le pica la cara. La barba crecida le recuerda que no se baña ni se afeita desde que subió al tren hace dos días. Se siente cada vez menos como él mismo.

Cuando los hombres tratan de entablar conversación con él, les responde con palabras de aliento, intentando convertir su miedo en esperanza. «Estamos rodeados de mierda, pero no debemos ahogarnos en ella.» Se murmuran comentarios insultantes hacia él por su apariencia y sus modales. Se lo acusa de provenir de una clase alta. «Y mira dónde has terminado...»

Lale trata de ignorar las palabras y recibe las miradas con sonrisas. «¿A quién estoy tratando de engañar? Estoy tan asustado como todos los demás.»

Un joven lo mira a los ojos y se abre paso hacia él a empujones entre los cuerpos amontonados. Algunos hombres lo empujan mientras avanza. «Sólo es tu propio espacio si lo haces tuyo.»

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —le pregunta el joven—. Ellos tenían fusiles. Esos bastardos nos apuntaron con fusiles y nos obligaron a subir a este... este tren de ganado.

Lale le sonrío.

—Tampoco era lo que yo esperaba.

—¿Adónde crees que vamos?

—No importa. Sólo recuerda que estamos aquí para mantener seguras a nuestras familias en casa.

—Pero ¿y si...?

—Nada de «y si». Yo no lo sé; tú no lo sabes, ninguno de nosotros lo sabe. Sólo hagamos lo que nos dicen.

—¿Deberíamos intentar atacarlos cuando nos detengamos, ya que somos muchos más que ellos? —La cara pálida del joven está llena de confusa agresividad. Sus puños apretados se mueven de forma patética delante de él.

—Nosotros tenemos puños, ellos tienen fusiles..., ¿quién crees que va a ganar esa pelea?

El joven se queda de nuevo en silencio. Tiene el hombro apoyado en el pecho de Lale, quien puede oler el sudor y el fijador de cabello en su pelo. Deja caer las manos, que quedan colgando flácidas a los lados.

—Me llamo Aron —se presenta.

—Lale.

Otros alrededor de ellos oyen su conversación y levantan la cabeza hacia los dos hombres antes de volver a sus ensoñaciones silenciosas para hundirse profundamente en sus propios pensamientos. Lo que todos comparten es el miedo. Y la juventud. Y su religión. Lale trata de mantener la mente alejada de las teorías sobre lo que podría esperarles. Le han dicho que lo llevan a trabajar para los alemanes, y eso es lo que planea hacer. Piensa en su familia, allá, en su casa. «A salvo.» Él ha hecho el sacrificio, no lo lamenta. Lo haría una y otra vez con tal de mantener a su amada familia en casa, todos juntos.

Más o menos cada hora, según parece, la gente le hace preguntas similares. Cansado, Lale comienza a responder:

—Esperemos a ver.

Se siente perplejo por el hecho de que las preguntas se las dirijan a él. Él no tiene ningún conocimiento especial. Sí, lleva traje y corbata, pero ésa es la única diferencia visible entre él y el resto de los hombres a su lado. «Estamos todos en el mismo barco inmundo.»

En el atestado vagón no pueden sentarse, y mucho menos tumbarse. Dos cubos hacen las veces de inodoros. Cuando se llenan, estalla una pelea mientras los hombres tratan de alejarse del hedor. Los cubos se vuelcan y su contenido se derrama. Lale se aferra a su maleta

con la esperanza de que, con el dinero y la ropa que tiene, podrá arreglárselas para salir de a donde sea que se dirijan, o por lo menos para obtener un empleo seguro. «Tal vez haya algún trabajo donde pueda usar los idiomas que sé.»

Se siente afortunado de haber encontrado el modo de llegar a un lado del vagón. Las pequeñas rendijas entre las tablas le permiten ver retazos de la campiña por la que pasan. Las robadas oleadas de aire fresco mantienen a raya la creciente marea de náuseas. Pese a que es primavera, los días están llenos de lluvia y pesadas nubes. De vez en cuando pasan por campos llenos de flores y Lale sonrío para sí. Flores. Gracias a su madre, aprendió desde muy joven que a las mujeres les encantan las flores. ¿Cuándo será la próxima vez que pueda regalarle flores a una chica? Las observa, sus deslumbrantes colores brillan ante sus ojos, campos enteros de amapolas que bailan en la brisa, una masa escarlata. Jura que las siguientes flores que le regale a alguien las cortará él mismo. Nunca se le había ocurrido pensar que crecían silvestres en tanta cantidad. Su madre tenía algunas en el jardín, pero nunca las recogía para llevarlas adentro. Comienza a elaborar una lista en su cabeza de cosas que hacer «cuando vuelva a casa...».

Estalla otra riña. Pelea. Gritos. Lale no puede ver lo que está ocurriendo, pero siente los movimientos y los empujones de los cuerpos. Luego se produce un silencio. Y de la penumbra salen las palabras:

—Lo has matado.

—Bastardo afortunado —murmura alguien.

«Pobre bastardo...»

»Mi vida es demasiado buena como para acabar en este agujero hediondo.»

Hay muchas paradas en el viaje, algunas duran unos minutos, otras, horas, siempre cerca de una ciudad o un pueblo. De vez en cuando Lale puede ver los nombres de las estaciones por las que pasan: Ostrava, una ciudad que él sabe que está cerca de la frontera entre Checoslovaquia y Polonia; Pszczyna, y confirma entonces que están, en efecto, en Polonia. La pregunta del millón: ¿dónde se van a detener? Lale pasa la mayor parte del tiempo del viaje perdido en pensamientos sobre su vida en Bratislava: su trabajo, su apartamento, sus amigos..., y en particular sus amigas.

El tren se detiene de nuevo. Está totalmente oscuro; las nubes bloquean por completo la luz de la luna y las estrellas. ¿La oscuridad presagia su futuro? «Las cosas son como son. Lo que puedo ver, sentir, oír y oler ahora mismo.» Sólo ve hombres como él, jóvenes y en un viaje hacia lo desconocido. Oye los ruidos de los estómagos vacíos y la aspereza de las gargantas secas. Percibe el hedor a meados y a mierda, y el de cuerpos demasiado tiempo sin lavar. Los hombres aprovechan que nadie los lleva de un lado a otro para descansar sin necesidad de presionar y empujar por un pedazo de suelo. Más de una cabeza en ese momento descansa sobre Lale.

Desde unos cuantos vagones más atrás llegan fuertes ruidos que se van acercando poco a poco. Los individuos allí se han hartado y van a intentar una fuga. Los ruidos de los hombres arrojándose contra los costados de madera del vagón y los golpes de lo que debe de ser uno de

los cubos de heces estimulan a todos. En poco tiempo, todos los vagones se rebelan y atacan desde dentro.

—¡Ayúdanos o apártate de en medio! —le grita a Lale un hombre de gran tamaño mientras se lanza contra un costado.

—No malgastes energías —le responde él—. Si estas paredes pudieran romperse, ¿no crees que una vaca ya lo habría hecho?

Varios hombres interrumpen sus acometidas y se vuelven irritados hacia él.

Procesan su comentario. El tren se sacude hacia delante. Tal vez los que están a cargo han decidido que el movimiento detendrá los disturbios. Los vagones se estabilizan. Lale cierra los ojos.

Lale había regresado a casa de sus padres, en Krompachy, Eslovaquia, tras la noticia de que los judíos de las pequeñas ciudades estaban siendo detenidos y transportados para llevarlos a trabajar para los alemanes. Sabía que a los judíos ya no se les permitía trabajar y que sus empresas habían sido confiscadas. Durante casi cuatro semanas estuvo ayudando en tareas para la casa, arreglando cosas con su padre y su hermano, construyendo nuevas camas para sus sobrinos pequeños, que ya no cabían en las cunas. Su hermana era el único miembro de la familia que tenía ingresos, como costurera. Debía ir y volver del trabajo en secreto, antes del amanecer y cuando ya había oscurecido. Su patrona estaba dispuesta a correr el riesgo por su mejor empleada.

Una noche regresó a casa con un cartel que le habían pedido a su patrona que pusiera en el escaparate de la

tienda. Se exigía que cada familia judía entregara un hijo de dieciocho años o más para trabajar para el gobierno alemán. Los susurros, los rumores sobre lo que había estado sucediendo en otras ciudades llegaron finalmente a Krompachy. Parecía que el gobierno eslovaco estaba obedeciendo cada vez más a Hitler, concediéndole lo que quisiera. El cartel advertía, en letra negrita, que si alguna familia tenía un hijo de esas características y no lo entregaba, toda la familia sería llevada a un campo de concentración. De inmediato, Max, el hermano mayor de Lale, dijo que iría, pero Lale no quiso ni oír hablar del tema. Max tenía esposa y dos hijos pequeños; lo necesitaban en su casa.

Lale informó al departamento del gobierno local de Krompachy y se ofreció para ser trasladado. Los funcionarios con los que trató habían sido sus amigos; habían ido a la escuela juntos y sus familias se conocían. Le dijeron que fuera a Praga para informar a las autoridades competentes y que esperara nuevas instrucciones.

Después de dos días, el tren de ganado se detiene de nuevo. Esta vez hay una gran conmoción fuera. Los perros ladran, se gritan órdenes en alemán, se corren cerrojos, las puertas de los vagones se abren con mucho ruido.

—¡Bajad del tren, dejad aquí vuestras pertenencias! —gritan los soldados—. ¡Rápido, rápido, daos prisa! Dejad vuestras cosas en el suelo.

Como estaba al fondo del vagón, Lale es uno de los últimos en salir. Al acercarse a la puerta, ve el cuerpo del hombre fallecido en la pelea. Cierra por un momento los

ojos y eleva una rápida oración ante su muerte. Luego abandona el vagón, pero lleva consigo el hedor que cubre su ropa, su piel, cada fibra de su ser. Cae al suelo con las rodillas dobladas, apoya las manos en la grava y permanece inclinado por unos momentos. Jadea. Agotado. Dolorosamente sediento. Se levanta despacio, mira a su alrededor a los cientos de hombres que tratan de comprender la escena que se desarrolla delante de ellos. Los perros ladran y muerden a los que son lentos para moverse. Muchos trastabillan, los músculos de sus piernas se niegan a obedecer después de tantos días sin uso. Las maletas, los paquetes de libros, esas escasas posesiones les son arrebatadas a los que no quieren entregarlas o tan sólo no entienden las órdenes. Luego son golpeados por un fusil o por un puño. Lale estudia a los hombres de uniforme. Negro y amenazante. Los rayos gemelos en el cuello de sus chaquetas le dicen con quiénes está tratando. Las SS. En otras circunstancias podría apreciar la confección, la finura de la tela, la precisión del corte.

Deja su maleta en el suelo. «¿Cómo sabrán ellos que ésta es mía?» Con un escalofrío, se da cuenta de que es poco probable que vuelva a ver la maleta o su contenido de nuevo. Apoya la mano sobre su corazón, sobre el dinero escondido en el bolsillo de su chaqueta. Mira al cielo, respira el aire puro y fresco y se recuerda a sí mismo que al menos ya está fuera.

Se oye un disparo y Lale da un brinco. Ante él se alza un oficial de las SS con el arma apuntando al cielo.

—¡Muévete!

Lale mira hacia atrás, al tren vacío. La ropa vuela y los libros se abren al caer. Entonces llegan algunos camiones de los que salen niños pequeños. Cogen las pertenencias

abandonadas y las arrojan a los camiones. Un peso se asienta entre los omóplatos de Lale. «Lo siento, mamá, se llevan tus libros.»

Los hombres se dirigen pesadamente hacia los edificios de ladrillo rosado con grandes ventanales. Los árboles flanquean la entrada, cubierta con los nuevos brotes de primavera. Cuando Lale atraviesa los portones de hierro, levanta la vista hacia las palabras alemanas forjadas en hierro:

ARBEIT MACHT FREI
«EL TRABAJO OS HARÁ LIBRES»

No sabe dónde está ni qué trabajo se espera que haga, pero la idea de que lo hará libre tiene el sabor de una broma perversa.

Oficiales de las SS, fusiles, perros, despojado de sus pertenencias..., no podría haber imaginado tales cosas.

—¿Dónde estamos?

Se vuelve para ver a Aron a su lado.

—Al final de las vías del tren, diría yo.

Aron se demuda.

—Haz lo que te digan y estarás bien. —Lale sabe que no suena demasiado convincente.

Le dirige a Aron una rápida sonrisa, que es correspondida. Luego, en silencio, se dice que debe seguir su propio consejo: «Haz lo que te ordenen. Y siempre observa».

Una vez dentro del complejo, los hombres son formados en filas. Al frente de la fila de Lale hay un recluso con el rostro abatido sentado a una mesa pequeña. Lleva una chaqueta y pantalones de rayas verticales azules y blan-

cas, con un triángulo de color verde en el pecho. Detrás de él se encuentra un oficial de las SS con el fusil listo para ser usado.

Las nubes se amontonan. Se oye un trueno a lo lejos. Los hombres esperan.

Un oficial superior, acompañado por una escolta de soldados, llega al frente del grupo. Tiene la mandíbula cuadrada, los labios finos y los ojos cubiertos por unas frondosas cejas negras. Su uniforme es simple en comparación con los que lo rodean. No lleva los rayos gemelos. Su actitud demuestra claramente que él es el que está a cargo de todo.

—Bienvenidos a Auschwitz.

Lale oye las palabras, que salen de una boca que apenas se mueve, sin poder creerlas. Después de haber sido forzado a abandonar su casa y transportado como un animal, en ese momento, rodeado por SS fuertemente armados, le están dando la bienvenida..., ¡la bienvenida!

—Soy el comandante Rudolf Hoess. Estoy al mando aquí, en Auschwitz. Las puertas por las que acabáis de entrar dicen: «El trabajo os hará libres». Ésa es vuestra primera lección, vuestra única lección. Trabajo duro. Haced lo que os digan y seréis libres. Si desobedecéis, habrá consecuencias. Seréis procesados aquí y luego seréis llevados a vuestro nuevo hogar: Auschwitz Dos-Birkenau.

El comandante observa sus rostros. Comienza a decir algo más, pero es interrumpido por el estruendo de un fuerte trueno. Mira al cielo, murmura unas palabras entre dientes, mueve una mano con gesto despectivo hacia los hombres y da media vuelta para alejarse. La actuación ha terminado. Su escolta de seguridad se apresura a seguirlo. Una exhibición torpe, pero aun así intimidante.

Comienza el trámite. Lale observa mientras los primeros prisioneros son empujados hacia delante, en dirección a las mesas. Está demasiado lejos como para oír los breves intercambios de palabras, sólo puede ver que los hombres sentados y en pijama anotan los detalles y le entregan a cada preso un pequeño recibo. Finalmente llega su turno. Tiene que dar su nombre, su dirección, decir cuál es su ocupación y los nombres de sus padres. El curtido hombre junto a la mesa anota sus respuestas con prolija y ordenada letra de imprenta y luego le entrega un pedazo de papel con un número escrito. En ningún momento levanta la cabeza para encontrarse con sus ojos.

Lale mira el número: 32407.

Avanza junto con el flujo de hombres hacia otras mesas, donde hay otro grupo de presos con trajes rayados que llevan el triángulo verde y más SS custodiándolos. El deseo de beber agua amenaza con abrumarlo. Sediento y agotado, es sorprendido cuando el pedazo de papel le es arrebatado de la mano. Un oficial de las SS le quita entonces la chaqueta, le arranca la manga de la camisa y empuja su antebrazo izquierdo sobre la mesa. Lale mira sin poder creer lo que ve mientras los números 32407 son tallados en su piel, uno después del otro, por el prisionero. El pedazo de madera con la aguja incrustada en ella se mueve rápida y dolorosamente. Luego, el hombre coge un trapo mojado en tinta verde y lo frota con brusquedad sobre la herida de Lale.

El tatuaje ha tardado sólo unos segundos, pero el shock hace que el tiempo se detenga para Lale. Se agarra el brazo, con la mirada fija en el número. «¿Cómo puede alguien hacerle esto a otro ser humano?» Se pregunta si

durante el resto de su vida, ya sea corta o larga, él será definido por ese momento, por ese número irregular: 32407.

Un empujón con la culata de un fusil rompe el trance en el que está sumido. Lale recoge la chaqueta del suelo y trastabilla hacia delante, siguiendo a los hombres que lo preceden hacia un gran edificio de ladrillo con bancos para sentarse a lo largo de las paredes. Le recuerdan al gimnasio de la escuela de Praga donde durmió cinco días antes de comenzar su viaje allí.

—Desnudaos.

—Más rápido, más rápido.

Los oficiales de las SS gritan órdenes que la mayoría de los hombres no entienden. Lale traduce para los que están cerca, quienes, a su vez, lo van repitiendo para los demás.

—Dejad la ropa en el banco. Seguirá ahí después de pasar por la ducha.

Pronto, todos en el grupo se están quitando los pantalones, las camisetas, las chaquetas y los zapatos, doblando su ropa mugrienta y colocándola de forma ordenada en los bancos.

Lale se anima un poco ante la perspectiva del agua, pero sabe que es probable que no vuelva a ver su ropa otra vez, ni el dinero dentro de ella.

Se quita sus prendas y las coloca en el banco, pero la indignación amenaza con abrumarlo. Del bolsillo de su pantalón saca una fina caja de cerillas, un recuerdo de pasados placeres, y echa una fugaz mirada al oficial más cercano. El hombre está mirando hacia otro lado. Lale raspa una cerilla. Éste podría ser el último acto realizado por propia voluntad. Sostiene el fósforo sobre el forro de

su chaqueta, la cubre con los pantalones y se apresura a unirse a la fila de hombres en las duchas. Detrás de él, en cuestión de segundos, oye gritos de:

—¡Fuego!

Lale mira hacia atrás. Ve hombres desnudos que empujan y se abren camino a la fuerza para poder escapar mientras un oficial de las SS intenta apagar las llamas dando golpes.

Todavía no ha llegado a las duchas, pero está temblando. «¿Qué he hecho?» Ha pasado varios días diciéndoles a todos a su alrededor que mantuvieran la cabeza baja, que no contrariasen a nadie, y ahora va e inicia un maldito incendio dentro de un edificio. Tiene pocas dudas respecto a qué podría sucederle si alguien lo señalara como el incendiario. «Estúpido. Estúpido.»

Una vez en las duchas, se tranquiliza, respira profundamente. Cientos de hombres temblorosos están hombro con hombro bajo los chorros de agua fría que caen sobre ellos. Inclinan la cabeza hacia atrás y beben con desesperación, a pesar de su olor rancio. Muchos tratan de reducir su vergüenza y se cubren los genitales con las manos. Lale se lava el sudor, la suciedad y el hedor de su cuerpo y su cabello. El agua silba a través de las tuberías y golpea el suelo. Cuando deja de caer, las puertas del vestuario vuelven a abrirse y, sin orden alguna, regresan a lo que ha sustituido a sus ropas: viejos uniformes y botas del ejército ruso.

—Antes de vestiros debéis ir a ver al peluquero —les ordena un oficial de las SS con gesto de superioridad—. Fuera..., ¡rápido!

Una vez más, los hombres se colocan en filas. Avanzan hacia el prisionero que espera listo con una navaja en

la mano. Cuando le toca el turno a Lale, se sienta en la silla con la espalda recta y la cabeza bien erguida. Observa a los oficiales de las SS que recorren la fila, golpeando a los prisioneros desnudos con los extremos de sus armas, insultándolos y soltando crueles risotadas. Lale se endereza más en su asiento, levanta la cabeza a medida que ésta va quedando rapada y ni se mueve cuando la navaja le araña el cuero cabelludo.

Un empujón en la espalda propinado por un oficial le indica que está listo. Sigue la fila que regresa al sector de las duchas, donde se suma a los que buscan ropa y zapatos de la talla adecuada. Lo que hay está sucio y con manchas, pero se las arregla para encontrar zapatos que más o menos le queden bien y espera que el uniforme ruso que ha cogido le sirva. Una vez vestido, sale del edificio tal como le han ordenado.

Está oscureciendo. Camina bajo la lluvia, un hombre entre muchos otros, durante lo que le parece una eternidad. El barro cada vez más espeso hace que le resulte difícil levantar los pies, pero sigue avanzando con firmeza. A algunos de los hombres les cuesta más moverse o caen sobre manos y rodillas, y los golpean para que vuelvan a levantarse. Si no lo hacen, les disparan.

Lale trata de separar el pesado y empapado uniforme de su cuerpo. Le raspa y le irrita la piel, y el olor de la lana mojada y la suciedad lo llevan de vuelta al tren de ganado. Mira al cielo tratando de tragar tanta agua de lluvia como puede. El sabor dulce es lo mejor que ha recibido en días, lo único que ha tenido en días. La sed, agravada por su debilidad, le enturbia la visión. Traga el agua. Ahueca las manos y sorbe salvajemente. A lo lejos ve reflectores que rodean un amplio espacio. En su estado de

semidelirio, le parece ver una especie de faros que centellean y bailan en la lluvia y le señalan el camino a casa. Lo llaman. «Ven a mí. Te daré refugio, calor y alimento. Sigue caminando.» Pero cuando atraviesa los portones, éstos sin ningún mensaje, sin ofrecer trato alguno, sin ninguna promesa de libertad a cambio de trabajo, Lale se da cuenta de que el centelleante espejismo ha desaparecido. Está en otra prisión.

Más allá de ese patio, perdiéndose en la oscuridad, siguen las instalaciones. La parte alta de las cercas está coronada con alambre de espino. Arriba, en los puestos de vigilancia, ve fusiles de las SS que apuntan en su dirección. Un rayo golpea una cerca contigua. «Están electrificadas.» El trueno no es lo bastante fuerte como para ahogar el ruido de un disparo, otro hombre caído.

—Hemos llegado.

Lale se vuelve para ver a Aron abriéndose paso a empujones para acercársele. Empapado y embarrado. Pero vivo.

—Sí, parece que ya estamos en casa. Tienes buen aspecto.

—Tú no te has visto. Imagina que soy tu espejo.

—No, gracias.

—Y ¿ahora qué? —quiere saber Aron. Suena como un niño.

Siguen el flujo constante de hombres y cada uno muestra su brazo tatuado a un oficial de las SS de pie fuera de un edificio, quien registra cada número en un portapapeles. Después de un fuerte empujón en la espalda, Lale y Aron se encuentran dentro del bloque 7, un gran barracón con

literas triples a lo largo de una pared. Docenas de hombres son obligados a entrar en el edificio. Se amontonan y se empujan unos a otros para abrirse paso y reclamar un espacio para sí. Si tienen suerte o son lo suficientemente agresivos, tal vez lleguen a compartir el lugar sólo con uno o dos más. La suerte no está del lado de Lale. Él y Aron suben a una litera de nivel superior, ya ocupada por otros dos prisioneros. Después de no haber comido nada durante días, no les queda mucha fuerza para pelear. Lo mejor que puede, Lale se acurruca sobre el saco relleno de paja que pasa por ser un colchón. Aprieta las manos contra el estómago en un intento de calmar los calambres que invaden sus tripas. Varios hombres les gritan a los guardias:

—¡Necesitamos comida!

Llega la respuesta:

—Se os dará algo mañana por la mañana.

—Todos estaremos muertos de hambre por la mañana —replica alguien en la parte trasera del bloque.

—Y en paz —añade una voz hueca.

—Estos colchones están llenos de heno —sugiere alguien más—. Tal vez deberíamos seguir actuando como ganado y comernos eso.

Retazos de risa silenciosa. Ninguna respuesta del oficial.

Y luego, desde el fondo del dormitorio, se oye un vacilante:

—Muuuuuuu.

Risas. Silenciosas pero reales. El oficial, presente pero invisible, no interrumpe, hasta que al final los hombres se quedan dormidos, con sus estómagos rugiendo.

Todavía está oscuro cuando Lale se despierta con necesidad de orinar. Pasa por encima de sus compañeros dormidos, baja al suelo y camina a tientas hasta la parte posterior del bloque, pensando que podría ser el lugar más seguro para orinar. Al acercarse, oye voces: eslovaco y alemán. Se siente aliviado al ver que hay allí instalaciones, aunque rústicas, para que puedan defecar. Zanjas largas se extienden detrás del edificio con tablones de madera colocados sobre ellas. Tres prisioneros están sentados sobre la zanja, defecando y charlando tranquilamente entre sí. En el otro extremo del edificio Lale ve a dos SS que se acercan en la semioscuridad, fumando, riendo, con los fusiles colgando sueltos en la espalda. Los parpadeantes reflectores perimetrales producen perturbadoras sombras de ellos y Lale no puede distinguir lo que están diciendo. Su vejiga está llena, pero vacila.

A la vez, los oficiales hacen girar sus cigarrillos en el aire, cogen los fusiles con rapidez y disparan. Los cuerpos de los tres que estaban defecando caen de espaldas a la zanja. La respiración de Lale se le atasca en la garganta. Apoya con fuerza la espalda contra la pared del edificio mientras los oficiales pasan junto a él. Puede ver el perfil de uno de ellos: un chico, sólo un maldito muchacho.

Cuando desaparecen en la oscuridad, Lale se hace un juramento a sí mismo. «Voy a vivir para dejar este lugar. Saldré para ser un hombre libre. Si hay un infierno, veré a esos asesinos ardiendo en él.» Piensa en su familia, allá en Krompachy, y espera que su presencia en ese lugar sirva al menos para salvarlos de un destino similar.

Lale orina y vuelve a su litera.

—Los disparos —dice Aron—, ¿qué eran?

—No he visto nada.

Aron pasa la pierna por encima de Lale en su camino hacia el suelo.

—¿Adónde vas?

—A mear.

Lale se inclina por un lado de la cama y agarra la mano de Aron.

—Espera.

—¿Por qué?

—Ya has oído los disparos —explica—. Sólo aguanta hasta la mañana.

Aron no dice nada mientras regresa a la cama y se tumba, sus puños apretados contra la entrepierna con miedo y desafío.

Su padre había ido a recibir a un cliente a la estación de tren. El señor Sheinberg se preparó para subir con elegancia al carruaje mientras el padre de Lale dejaba su equipaje de cuero fino en el asiento. ¿Desde dónde había viajado? ¿Praga? ¿Bratislava? ¿Viena quizá? Vestido con un caro traje de lana, los zapatos recién lustrados, sonrió e intercambió unas breves palabras con el padre mientras subía delante. Su padre hizo que el caballo se pusiera en marcha. Como la mayoría de los hombres que el padre de Lale llevaba de un lado a otro con su servicio de taxis, el señor Sheinberg regresaba a casa de un viaje de negocios importante. Lale quería ser como él y no como su padre.

La esposa del señor Sheinberg no estaba con él ese día. A Lale le encantaba observar a la señora Sheinberg y

a las otras mujeres que viajaban en los carruajes de su padre, sus pequeñas manos con guantes blancos, sus elegantes pendientes de perlas haciendo juego con los collares. Adoraba a las hermosas mujeres bien vestidas y con elegantes joyas que a veces acompañaban a los hombres importantes. La única ventaja de ayudar a su padre era la de abrir la puerta del carruaje para ellas, tomándoles la mano para ayudarlas a bajar, inhalando su perfume, soñando con las vidas que ellas llevaban.